

y volvieron á correr sus lágrimas. No estaban Felicia y Pamela en estado de hablar. De allí á poco entró una muchacha, y preguntó á la enferma si mandaba algo; esta le respondió que no, dándole gracias, y la muchacha se fué. Entónces el eclesiástico, que estaba siempre á la cabecera de la cama, tomó la palabra, y dirigiéndose á Felicia, le dijo : Vd. sabrá con gusto que esta muchacha que acaba de salir es la hija de una de las vecinas de madama Busca, y las demas son igualmente serviciales y atentas. La una viene á hacerle compañía, la otra compone su cuarto, otra se encarga de traerle luz y lumbre; en fin, señora, parece que el espíritu de caridad de su respetable cuñada de Vd. anima todas las personas que habitan en esta casa. Es cierto que el ejemplo de aquella jóven y virtuosa señora ha contribuido no poco á acrecentar la actividad de un zelo tan laudable... — ¡Ah, dijo Felicia, qué admiracion tan útil saco de aquí!... En efecto, señora, replicó el eclesiástico, lo que Vd. acaba de oír, y el objeto que tiene á la vista son dignos de inspirarle semejantes sentimientos... ¡Si Vd. conociese del todo la piedad, la sublime resignacion de esta pobre mujer!... No le ha dicho sino parte de sus males : su cuerpo casi seco y sin movimiento está cubierto de llagas y úlceras... — ¡Ah pobre infeliz! exclamó Felicia : pues qué, ¿no habria medio de aliviar sus males? — No, señora; no hay arte humano que pueda mejorar su situacion; pero admirela Vd. tanto mas cuanto no se juzga digna de lástima... — ¿Es posible? — Sí, señora, replicó la mujer : no solo acepto con resignacion estos males pasajeros, sino que tambien los sufro con gusto. ¿Y quién podrá extrañarlo?... ¡Por algunos dolores momentáneos tolerados con paciencia, alcanzar un galardón eterno! Nuestra recompensa será proporcionada á nuestros méritos. ¡Cuánto le debo á Dios que me ha puesto en un estado en que continuamente puedo hacer á sus ojos el mérito de padecer sin quejarme; en una situacion en que nada puede distraerme de su presencia; y en la cual todo me convida á no pensar en nada mas que en la eternidad!... ¡Oh, y qué gratos me son mis males! ellos han expiado las culpas de mi juventud, han purificado mi corazón, me han desprendido de todos los bienes falsos... Ya el mundo no existe para mí; ya no puede seducirme; corromperme ni perderme : mi alma no habita esta tierra extraña, ya está unida á su Criador... ¡Oh Dios mio! yo te veo, oigo tu voz paternal que me eleva, me fortifica, me manda

someterme sin réplica, y que me ofrece en premio una corona inmortal!... ¡Buen Dios! ¡Con qué gozo, con qué contento te obedezco! ¡Adoro tu providencia, bendigo mi suerte, y no la trocaria por la mas brillante del universo!...

Hablando así aquella mujer se explicaba con igual afecto y vehemencia : su voz no anunciaba el estado de debilidad y abatimiento á que la habian reducido los males : sus ojos, naturalmente apagados, brillaban entónces con un fuego extraordinario. Felicia y Pamela la contemplaban y escuchaban como arrebatadas.

¿Hubiera Vd. podido creer, señora, dijo entónces el eclesiástico, que en semejante estado fuese posible tenerse por dichosa? ¿Qué seria de esta mujer, que bendice su suerte, sin la religion? ¡Qué grande seria el horror de su situacion si dudase de las verdades eternas de que está penetrada! ¡Ah! ¿Qué podria responderle el ateista bárbaro é insensato que intentase seducirla cuando le dijese : « Quieres quitarme el único bien que me queda, y de que puedo gozar; quieres sepultarme en la mas espantosa desesperacion... ¡Mira, oh inhumano, mira mis males; contempla mi valor, mi paciencia, mi resignacion; admira la paz y sosiego de mi alma, y horrorízate de tu abominable intento! »

Convino Felicia en lo justo de esta reflexion; despues se despidió de la enferma, y se fué con ánimo de visitarla todas las veces que sus ocupaciones y deberes se lo permitiesen. La *santa mujer* y Alejandrina fueron el asunto de las conversaciones de Felicia y Pamela en el resto del dia. ¿Cómo es posible, decia Pamela, que nunca nos haya hablado mi tia de esta mujer? — Eso es, replicó Felicia, lo que debe admirarnos mas; tal es el carácter de la verdadera virtud. Cuando el motivo de una buena accion es la razon solamente, entónces hay deseo de envanecerse con el esfuerzo que cuesta; pero cuando nace de un corazón inclinado al bien, en vez de admirarnos de nosotros mismos, nos decimos : ninguna alabanza merezco; solo he seguido mi inclinacion y los impulsos de la caridad... Siempre que un avaro se resuelve á hacer un regalo, notarás con qué pompa y publicidad lo ejecuta, y esto prueba lo poco acostumbrado que está á tales acciones, y la vanidad que le causa. En efecto, le son tan penosas que es justo disimularle el necio orgullo que manifiesta. Advierte por el contrario la noble sencillez con que una persona generosa sabe dar. Así es, que las almas comunes se envanecen con

sus buenas obras, porque les son penosas; pero las almas grandes están exentas de este orgullo por su misma elevacion, y por la sublime inclinacion que las lleva á todo lo que es decente y virtuoso. — Esta reflexion, dijo Pamela, debería hacer amar la modestia, ó á lo ménos obligar á los que no la tienen á ocultar con cuidado su orgullo, y á no alabarse nunca de lo bueno que han hecho, puesto que lo contrario solo sirve de manifestar la pequeñez de su alma, y su poca inclinacion á la virtud.

Pocos dias despues de esta conversacion recibió Felicia la triste nueva de la muerte de una cuñada que siempre habia amado con extremo, y que, con lo que habia sabido de la *santa mujer*, amaba aun mucho mas. Aunque estaba prevenida tres meses ántes, su dolor tuvo toda la fuerza que causa una desgracia inopinada. Fué á ver á la *santa mujer*; tuvo el triste consuelo de llorar con ella, y de oír un elogio fúnebre digno de las virtudes de Alejandrina.

Pamela quiso reemplazar á esta virtuosa señora en el cuidado de la pobre, sirviéndola del mismo modo, y yendo á verla dos veces á la semana. Cerca de un año habia que desempeñaba la dulce obligacion que se habia impuesto, cuando una mañana que estaba con la *santa mujer*, y que de rodillas delante de ella le lavaba los piés, de improviso se abrió la puerta del cuarto, y entró un hombre, al parecer de edad de cincuenta años, y de presencia noble y respetable: este, despues de haber dado algunos pasos, se paró mirando atentamente la escena que tenia presente. Pamela, puesta de rodillas, tenia sobre las suyas las piernas secas de la pobre mujer, y las enjugaba; tenia en esta postura la cabeza inclinada, y sus largos cabellos sueltos y sin orden ocultaban la mayor parte de su rostro... Al ruido que hizo el incógnito levantó la cabeza; luego que le vió se alteró, y su rostro se cubrió de un virtuoso pudor que hacia mayor su belleza, y daba mas valor á la accion en que se ocupaba. Volviéndose Pamela á una criada inglesa que la habia acompañado, la riñó un poco el descuido de no haber cerrado la puerta. No bien hubo dejado de hablar cuando el incógnito exclamó en inglés: *¡Gracias al cielo, este ángel es paisana mia!*... La admiracion de Pamela fué extrema, y su turbacion igual al ver al incógnito acercarse, tomar una silla, y sentarse con mucha gravedad enfrente de ella. En tanto que se apresuraba á envolver las piernas de la pobre para irse, el incógnito volvió á hablar, y le dijo: ¡Oh celestial criatura!

el que no ha contemplado este cuadro no puede tener sino una idea imperfecta de la impresion que pueden producir la juventud y la belleza... Despues de esta exclamacion dejó de hablar el incógnito mirando atentamente á Pamela. Estaba tan absorto en sus cavilaciones que no echaba de ver el empacho y turbacion que la causaba su presencia. Finalmente, Pamela se levantó, se despidió de la mujer, y despues al pasar por delante del incógnito le hizo una gran cortesía, y salió apresuradamente dejándole solo con la *santa mujer*. A pocos dias despues de este suceso volvió Pamela á verla, y esta le dijo que el incógnito habia estado cerca de una hora con ella, y que le habia hecho mil preguntas acerca de Pamela; que habia querido saber su nombre, y el de la persona que la habia educado. Aquella misma noche recibió Felicia una esquila que enseñó á Pamela, y cuyo contenido era el siguiente:

« Señora: Pronto á volver á Inglaterra no puedo determinarme á partir sin ofrecerme á las órdenes de la persona generosa que se ha dignado adoptar una huérfana inglesa. La amable Pamela hace demasiado honor á su patria y á la educación que á Vd. debe, para dejar de inspirar el mas vivo interes en el pecho de un inglés que no es indigno de disfrutar de la dicha de contemplar de cerca la virtud. Tengo cincuenta años, y por tanto puedo decir sin rodeos, que el espectáculo que presencié hace algunos dias ha hecho en mi corazon una impresion indeleble. Jamas se borrará de mi memoria la imágen de la hermosa Pamela de rodillas y lavando los piés de aquella desventurada paralítica. He sabido que tenia en Inglaterra parientes que rehusaban reconocerla: dignese Vd., señora, fiarme el secreto de su nacimiento, y por mi parte le ofrezco los servicios del padre mas amante.

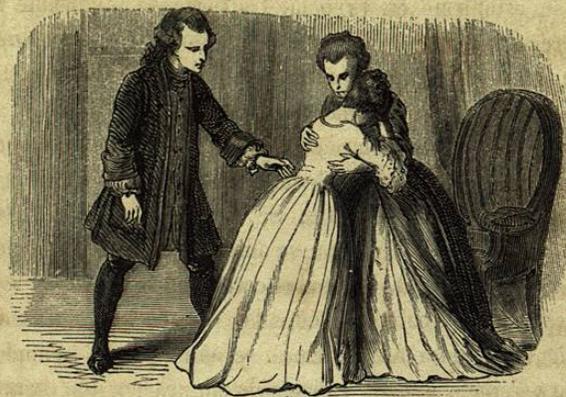
« Quedo de Vd. con el mayor respeto, etc.

« CARLOS ARESBY. »

¡ Ah mamá, exclamó Pamela luego que hubo leído la esquila, no vea Vd. á ese inglés. Vd. es todo para mí: no procure, pues, darme á conocer á unos parientes que me han abandonado: soy suya, ¿qué me falta, pues, para ser feliz?... — Pero, hija mia, replicó Felicia, si supieses quién eres tendrías nombre y lograrías tu colocacion... — Vd. me da el dulce nombre de hija, y me permite que le consagre

mi vida, ¿qué le falta á mi dicha? — Deja que reciba á ese inglés; confieso que su admiracion hácia mi Pamela me hace entrar en ganas de conocerle : sabe apreciarte, ¡qué mayor mérito para conmigo! pero te prometo no decirle nunca tu nombre sin tu consentimiento. Con esta condicion convino Pamela en la visita del inglés, y á la mañana siguiente Sir Aresby se presentó en casa de Felicia. Pasados los primeros cumplidos renovó sus ofertas, y suplicó encarecidamente á Felicia le confiase el nombre de la familia de Pamela. Felicia le dijo sin rodeos que Pamela misma se oponia á esta confidencia. Sir Aresby suspiró : Me es muy sensible, dijo, perder la esperanza de serle útil. Á lo ménos, replicó Pamela, no dude Vd. de mi agradecimiento. No puedo considerar sin espanto la menor mudanza en mi suerte, puesto que hallo en el amor de mi querida y generosa bienhechora la felicidad que colma todos los deseos de mi corazon, pero no por eso soy ménos agradecida á las bondades que Vd. me manifiesta. Enternecido sir Aresby miró á Pamela, y despues encaminando sus razones á Felicia, le dijo : Yo partiré al fin de esta semana, ¿podré esperar, señora, que Vd. me permita escribirle de cuando en cuando?... Felicia interrumpió á sir Aresby para prometerle que le escribiria, y pedirle la direccion de sus cartas. No vivo en Lóndres, replicó este; hago viajes muy á menudo; pero si Vd. quiere, señora, dirigirme sus cartas á Lóndres con el sobrescrito á madama Selwin, no hay duda que llegarán á mis manos. Al oír este nombre de Selwin, Felicia se alteró, y Pamela se turbó enteramente. Sir Aresby, que miraba á Felicia, lo advirtió, y le preguntó si madama Selwin tenia la fortuna de ser su conocida. Al ménos conozco su nombre, respondió Felicia. — Pues ese nombre, replicó sir Aresby, es el mio... — ¿Cómo?... — Sí, señora; le dejé al casarme con una heredera, cuya mano no podia obtenerse sin tomar el nombre de su familia : diez años hace que soy viudo, y no tengo hijos... — ¿Tenia Vd. un hermano? preguntó Felicia con sumo sobresalto. — Dos he tenido y los he perdido; madama Selwin es viuda del segundo, y el tercero... ¡ah señora! aquel infeliz, ciego y descaminado por una pasion funesta desconoció la autoridad paternal... fué desheredado... el arrepentimiento y el pesar acortaron sus dias... nuestro desgraciado padre le siguió al sepulcro. Yo estaba entónces ausente; un nuevo enlace de contratiempos me obligó á prolongar mis viajes, y no volví á Inglaterra sino al cabo

de cuatro años. Supe la muerte de la viuda de mi hermano; supe asimismo que habia dejado una hija, y determiné buscar esta criatura y adoptarla. La criada en cuyo poder habia quedado la niña acababa de morir; pero su marido me dijo que sabia de ella misma que la desventurada huerfanita habia sobrevivido poco tiempo á su madre : este hombre añadió que no habia visto á su mujer sino seis meses despues de la muerte de mi cuñada, y que entónces ya no vivia la niña... Al decir esto advirtió sir Aresby que Pamela procuraba en vano ocultar las lágrimas que la bañaban el rostro. Admirado de su agitacion y palidez la considera con sobresalto. Felicia, tan turbada como Pamela, tenia una mano de esta entre las suyas, estrechándola amorosamente... De improviso enajenada Pamela se levanta, y adelantándose con pasos trémulos hácia sir Aresby : Sí, dijo, debo darme á conocer al hermano de mi padre... ¡Justo cielo! exclama sir Aresby precipitándose á ella. Pamela sobrecogida de un espanto que no puede vencer, se hace atras, y se arroja en los brazos de Felicia. ¡Oh madre mia! dijo derramando dos fuentes de lágrimas, ¡bienhechora mia! ¡De Vd. sola soy, guarde Vd. su hija, no la abandone!... ¡Cediendo el derecho que tiene en mí, me dará la muerte!...



Al decir esto Pamela, deja caer su cabeza sobre el pecho de Felicia, cierra los ojos, y queda desmayada. Al verla en tal estado, fuera de sí Felicia baña con lágrimas el rostro de Pamela, y da voces pidiendo socorro. En breve recobra Pamela sus sentidos, abre los

ojos, y Aresby tomando una de sus manos: ¡Oh, Pamela! le dice, desecha esos vanos temores que me agravian. No tengo ni el derecho, ni el inhumano deseo de arrancarte de entre los brazos de tu bienhechora; debes consagrarle todos los instantes de tu vida!... ¡Ah! si es cierto que seas aquella niña, aquella infeliz Selwin, cuya pérdida he llorado tanto, no hallarás en mí sino un amigo, un padre amoroso, incapaz de exigir de ti el menor sacrificio... Estas razones llenaron de gozo el corazón de Pamela; abrazó á Felicia fuera de sí, y expresó á su tío su gozo y agradecimiento con aquella gracia y aquella sensibilidad expresiva que la caracterizaban. Felicia fué á buscar un cofrecito que contenia las pruebas del nacimiento de Pamela. Leyó sir Aresby algunas cartas y otros diferentes papeles que la criada de miss Selwin habia entregado á Felicia. Como esta mujer habia recibido algunos regalos de Felicia, fácilmente comprendieron que para no partirlos con su marido, habia supuesto la muerte de la niña, segura por otra parte de que la jóven Selwin jamas volveria á Inglaterra.

Colmados todos los deseos de sir Aresby al encontrar á su sobrina en aquella misma jóven, cuyas virtudes habian hecho en su corazón tanta impresion, quiso que tomase su nombre al punto mismo: poco tiempo despues movido del tierno afecto que profesaba á Pamela se estableció en Francia. La hermosa y sensible Pamela supo merecer sus beneficios con su cariño y su agradecimiento: nunca se separó de Felicia, siendo la mas dulce y grata de sus obligaciones el cuidado de hacerla feliz.

Habiendo dejado de hablar la Marquesa de Clemira, hizo la Baronesa la señal de retirarse. No obstante, como no era tarde se obtuvo una prolongacion de la velada. Se hicieron algunas reflexiones acerca de la historia de Pamela; se admiró el carácter de la heroína, sobre todo su sensibilidad, y todos convinieron en que el agradecimiento es la mas amable de todas las virtudes. No se cansaban de hablar de la virtuosa Alejandrina: se notó que su ejemplo habia inspirado á Pamela aquella especie de admiracion que caracteriza á las almas grandes, aquella que excita el deseo de imitar una conducta sublime. Finalmente se admiró, tanto la feliz influencia que habia tenido en la suerte de Pamela su beneficencia para con la mujer paralítica, como el poder de la religion que sabe dar una virtud tan sólida, un valor incontrastable, y los únicos consuelos que

pueden hacer tolerar con paciencia por espacio de diez y ocho años el cúmulo de las miserias humanas.

De allí á pocos dias tuvo la Marquesa de Clemira el gusto de ver que las historias de las veladas, y el ejemplo de Sidonia habian hecho mucho efecto en el corazón de sus hijos, porque habiendo sabido Carolina y Pulqueria que en una aldea inmediata se hallaba una mujer de parto, determinaron hacer ellas mismas las envolturas para la criatura. César, ayudado del cestero de Champcery, se encargó de dar las cestas y excusabarajas en que debia llevarse la ropa destinada al niño, y quiso hacer, con la ayuda del carpintero, un armario grande para la madre. La Marquesa aprobó estos proyectos: hizo recoger toda la ropa blanca vieja que habia en la casa, y entregarla á Carolina y Pulqueria, que al punto emprendieron su obra con mucho ardor. No era menor el de César, Agustin y Morel para concluir el armario. Luego que todo estuvo finalizado, los carpinteros y costureras pidieron permiso para llevar ellos mismos aquel regalo á la pobre aldeana. Vengo en ello, dijo su madre, ¿pero cómo lo haréis? De aquí á la aldea hay lo ménos média legua... — Mamá, si Vd. me lo permite iré con mi armario en un carro. — Con mucho gusto... — ¡Ah! mamá, exclamó Pulqueria, denos Vd. licencia para que llevemos las envolturas montadas en borricos. — Que me place, respondió la Marquesa; yo por mí, que no llevaré sino un poco de dinero, iré á pié, y mañana por la mañana despues de almorzar nos pondremos en camino. Esta disposicion excitó un gozo inexplicable: en efecto, fácilmente se concibe cuán grata es unir con el gusto de hacer una buena accion el de ir en carro y en borricos.

Carolina, Pulqueria, César y Agustin pasaron lo restante del dia con suma agitacion. Los aldeanos que debian dar los borricos y el carro recibieron aquella tarde veinte recados á lo ménos. Carolina y Pulqueria arreglaron las envolturas en dos cestas: se habia repartido así en dos partes para que no se equivocase la labor de la una con la de la otra. Es excusado decir que no se habian olvidado de atar con mucha curiosidad cada paquete de ropa con cintas de color de rosa y azules, y que habia en las cestas por lo ménos tantas cintas como labor. Al dia siguiente todos los niños estaban despiertos ántes de amanecer: esperaron con impaciencia la hora de vestirse: se almorzó de priesa, y finalmente bajaron al patio, en

donde esperaban los burros y el carro, del cual tiraban cuatro bueyes. Carolina y Pulqueria montaron en sus burros con las cestas de las envolturas, llevando cada una por conductora á una muchacha de la aldea que iba á pié al lado de ellas. César subió en el carro, y se sentó sobre su armario con Agustín y Morel: no es posible que un General victorioso en su carro de triunfo tuviese un aspecto mas animoso, ni semblante mas satisfecho. Madama de Clemira acompañada del abate se puso en medio de sus dos hijas para poder hablar con ellas, y con este orden se rompió la marcha. Á pesar del deseo que se tenia de llegar á la aldea no pareció largo el camino: la mas sincera alegría hacia que la conversacion fuese igualmente ruidosa y agradable. Se cantaba, se gritaba con tanta mas libertad cuanto la Marquesa, á quien nunca causó enfado el inocente gozo de la niñez, era la primera que daba el ejemplo. Se podia oír la comitiva mucho tiempo ántes de verla: las risotadas, las canciones y los gritos la anunciaban desde léjos, y varias veces hicieron correr al camino desde los prados inmediatos á las muchachas que hilaban á la sombra de los sauces, y á los pastores que guardaban sus rebaños.



No cesó el alboroto hasta tanto que se descubrió la casa de la aldeana. No obstante, entónces se acrecentó el gozo, pero mudó de

carácter: al regocijo se siguió una dulce conmocion, y ouando se llegó á la puerta de la casa los niños estaban tan callados, como alborotados un medio cuarto de hora ántes. Apéanse todos, dos hombres cargan con el armario, y seguidos de César, de Morel y de Agustín, entran los primeros en la casa. Carolina y Pulqueria se abrazan con sus cestas, y van á ofrecérselas á la aldeana con unos latidos de corazon indecibles. La Marquesa le dió algun dinero, y prometió volverla á ver despues que hubiese parido. Aquella pobre mujer manifestó un gozo y una gratitud tan viva que penetraron á madama de Clemira y á sus hijos.

Al volver á la Quinta no se trató de otra cosa; en lo restante del dia toda la conversacion fué acerca de lo mismo, y la Marquesa dijo á sus hijos: Acordaos de la felicidad y alegría de que habeis disfrutado hoy. ¿Por qué tienen tanto atractivo las pasiones? La causa es porque ocupan vivamente; los hombres prefieren extraviarse, padecer, y aun perderse, á la idea de verse consumidos del tedio; pero las pasiones no dan mas logro que una agitacion penosa, mas fruto que unos placeres que la inquietud corrompe casi siempre, ó que los remordimientos emponzoñan. Solo la virtud es quien nos presenta un manantial inagotable de gustos y felicidades. Tened presente, hijos míos, toda vuestra vida la dulce satisfaccion que habeis sentido al formar el proyecto de socorrer á esa mujer, las conversaciones tan gustosas que acerca de ella habeis tenido, el gusto con que trabajábais para ella, la actividad que os inspiraba aquella agradable ocupacion, la agitacion en que estábais ayer, el instante precioso en que salimos de casa, y el regocijo, fiesta y alboroto en todo el tiempo del camino: acordaos tambien de la conmocion que habeis tenido al descubrir la casita, y el enternecimiento que os penetró al ver á la mujer, y creed firmemente que nunca han producido las pasiones placeres tan vivos y una felicidad tan pura. Ademas de esto, los gustos que las pasiones hacen disfrutar, no son mas que unas ilusiones nocivas y frágiles, que es preciso perder, y que al disiparse dejan en el alma un vacío horroroso, mil recuerdos importunos, y muchas veces amargos arrepentimientos. Vosotros por el contrario, ¡qué satisfaccion interior tan grande experimentáis! ¡qué dulce memoria os queda! ¡qué alabanzas tan lisonjeras habeis sabido merecer!

Al decir estas palabras los tres niños se arrojaron en los brazos

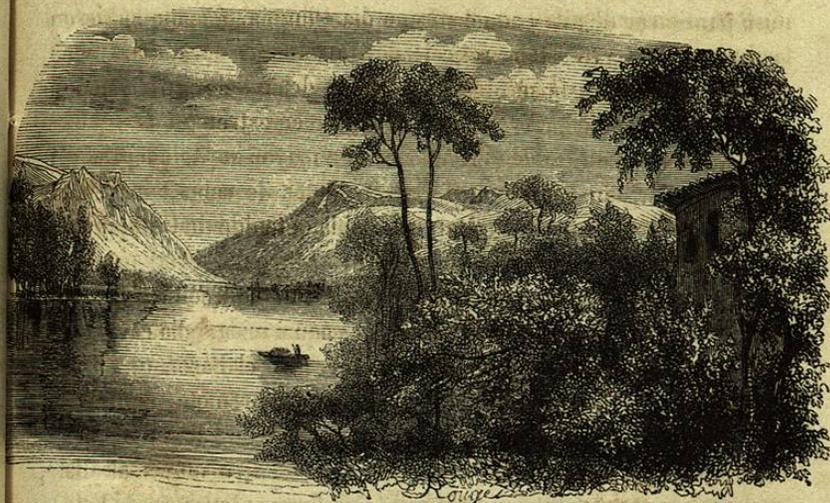
de su madre, protestándole que estaban íntimamente persuadidos de la verdad de sus reflexiones, y que creían firmemente que no podían ser felices sin su ternura y la práctica de la virtud. César suplicó despues á su madre que le concediese un favor : le pidió permiso para sacar de pila con una de sus hermanas al niño que pariese la mujer. Aun eres muy niño, le respondió su madre, para ser padrino... — Pero, mamá, yo he visto diez niños mas jóvenes que yo... — Bien lo sé, pero no puedo aprobar semejante abuso; porque en fin, ser padrino de una criatura es en algun modo adoptarla, y esta clase de adopcion es tanto mas respetable quanto la religion es quien la consagra. — Dígame Vd., pues, mamá, cuáles son las obligaciones de los padrinos, y yo le prometo cumplirlas exactamente. — El padrino se obliga á proteger la criatura á la cual se pone uno de sus nombres : se obliga á encargarse de su colocacion, á sacarla de la miseria si se hallase en ella; y finalmente á darle cuantos socorros haya menester. — ¡Ah! mamá, ahora tengo muchas mas ganas de ser padrino, puesto que me obligará á hacer buenas acciones... — Pues bien, lo serás... — ¿Y quién de nosotras será la madrina? preguntaron á un tiempo Carolina y Pulqueria. Este honor, replicó su madre, se debe á la mayor; pero yo te prometo, Pulqueria, que tambien serás madrina el verano próximo. Con esta promesa todos quedaron contentos, y para que nada faltase á la satisfaccion que se habia logrado en aquel agradable dia, la Baronesa contó aquella misma noche la historia siguiente.

OLIMPIA Y TEOFILO



un se ve hoy dia cerca de las riberas del Véзера, á lo último del Lemosin, una antigua casa de campo tan solamente notable por su antigüedad y por la belleza de su situacion, rodeada de prados cubiertos de ganados; está edificada sobre la loma de una colina, desde la cual se descubre el rio y la bonita ciudad de Uzerche en perspectiva, formando

á esta distancia una vista tan singular como grata¹. En esta soledad fué donde el Baron de Soligni, viudo ya de algunos años, se ocupaba en la educacion de un hijo único y querido.



Habia pasado el Baron su juventud en el mundo : naturalmente ambicioso, la necesidad, mucho mas que su inclinacion, le habia apartado de él, porque habiendo disipado la mayor parte de sus bienes y perdido las brillantes esperanzas que tanto tiempo le habian alucinado, se habia resuelto en fin á retirarse á su casa. No obstante, echaba ménos, como á pesar suyo, el gran mundo, aunque no hablaba de él sino para censurarlo : reputaba su despecho por filosofia; se creia desengañado, pero solo estaba abatido y desanimado. Mas con todo, tenia sensibilidad, amaba á su hijo, y Teófilo (que este era su nombre) hubiera sido digno por las virtudes que prometia de servir de todo á su padre, y de hacer su vida feliz. El Baron tenia por amiga íntima á una de sus vecinas llamada Eufrasia. Teófilo, que veia casi todos los dias á la jóven Olimpia, sobrina de Eufrasia, le tomó una inclinacion que su padre vió nacer

¹ La pequeña ciudad de Uzerche está edificada sobre un peñasco escarpado, al pié del cual pasa el Véзера; se nota en esta ciudad que ningun vecino deja de tener vistas al rio en su casa ó jardin, y que cada casa mirada de lójos parece ser una fortaleza antigua con sus almenas y torreones cubiertos de pizarras. Dista esta ciudad ciento y nueve leguas de Paris.